

SEMINARIO DE LETRAS

SECCION DE FILOSOFIA

ETICA.

Nicolai Hartmann es seguramente el más serio y profundo filósofo alemán contemporáneo. Su gran obra "Etica", en tres gruesos volúmenes, hace época en la historia de esta disciplina. Damos, en seguida, la **Introducción**, traducida por Francisco Miró Quesada C., alumno del Seminario de "Filósofos Contemporáneos" de nuestra Facultad.



INTRODUCCION

1.—La primera pregunta fundamental.

La tradición del pensamiento moderno, presenta a la Filosofía al principio de su investigación, como haciendo estas tres preguntas vitales: "Jorge Puccinelli Converso"

¿Qué podemos conocer?

¿Qué debemos hacer?

¿Qué cosa nos es permitido esperar?

La segunda de estas preguntas es reconocida como el problema fundamental de la Etica.

Es este aspecto del preguntar humano en su integridad, que da a la Etica el carácter de Filosofía "práctica". Es una especie de pregunta que tiende a comprender más que la sola aprehensión intelectual, pero menos que el anhelo directo de la esperanza humana.

Independientemente de toda garantía de éxito, así como del conocimiento de lo condicionado y accesible y de la creencia en lo más allá, en lo absoluto, la pregunta ética se yergue entre las duras realidades de la vida, y los diáfanos ideales del visionario.

Sin dirigir su propia atención hacia algo real, y sin embargo hallándose muy cerca de la realidad—en verdad más cerca que cualquier teoría o aspiración—siempre agarra lo real y pregunta a

raíz de sus datos, y siempre con miras a la realidad de aquello que es irreal en lo dado.

La pregunta ética nace de lo que está próximo a nosotros, nace tanto de la corriente cotidiana, como de los grandes momentos decisivos de la vida, ante los cuales se encuentra enfrentado el individuo ocasionalmente. Estos momentos son aquellos, que a través del peso de las razones en pro y en contra, preséntanse sólo por única vez, despiertan al individuo de su vaga semiconciencia, llevándolo hacia una decisión nueva en su vida, hacia una perspectiva de responsabilidad, inevitable e impredecible.

Pero lo mismo pasa en efecto con las pequeñas cosas de la experiencia. La situación ante la cual nos encontramos, muestra el mismo aspecto en los detalles insignificantes y los momentos de gran importancia. Nos obliga a decidirnos y a actuar, y nunca nos perdona de esta necesidad de decisión, sin decirnos sin embargo en qué sentido deberíamos de decidir, qué deberíamos hacer o qué consecuencia deberíamos aceptar y preferir.

A cada momento nos encontramos cara a cara con la pregunta: ¿qué debemos hacer? Cada nueva situación nos la hace plantear de nuevo, paso a paso, en nuestra vida; debemos contestarla una vez más, ineludiblemente y sin que algún poder pudiera exonerarnos y dispensarnos de esta necesidad.

A la pregunta siempre nueva, nuestra acción o nuestra conducta presente, es la respuesta, siempre nueva. Porque nuestra acción contiene ya la decisión, y si en cierta oportunidad no nos diéramos cuenta de éllo, podemos reconocerla luego en nuestro acto, y tal vez arrepentirnos de ella.

Pero, si en cada opción, nos decidimos bien o mal, ésto no está contenido previamente en la situación. No hay garantía para ello, ni tampoco nos guía una mano ajena; cada uno en esta situación sólo depende de sí mismo, y así decidiendo por sí sólo y desde sí sólo, es sólo él, quien lleva toda la responsabilidad y toda la culpa.

¿Quién prevé el alcance de su acción? ¿Quién sabe la cadena de sus consecuencias, o mide la grandeza de su responsabilidad?

La acción una vez hecha, pertenece a la realidad y nunca puede ya ser deshecha. Lo que era malo para ella, es definitivamente falso; en el más estricto sentido, es irremediable. La situación se presenta sólo una vez nunca regresa y, como todo lo real, es individual; pero está también allí irrevocablemente tejida dentro la red del proceso cósmico, como parte de él. Exactamente ocurre con un acto una vez realizado. Sus efectos se extienden a círculos cada vez mayores, se propagan según su propia naturaleza. Una vez que está tejido a la existencia, vive y nunca muere—aunque el movimiento de las ondas, generadas por él, se debilite y se borre en la infinita corriente del mundo—es inmortal como toda la realidad. Por más que su origen sea irreal e in-

motivado, una vez incorporado a la existencia sigue otra ley: la ley de la realidad y de la actividad eficaz. Esta ley le da un carácter propio, el poder de destruir y construir la vida y el ser, ante el cual el arrepentimiento y la desesperación son impotentes.

Un hecho llega más allá de su hacedor, deja su sello sobre él, y lo juzga sin misericordia. Esta cadena de consecuencias de los actos, no deja captarse por nosotros en cada conducta humana. Pero todo acto tiene consecuencias, y siempre se presenta la posibilidad de que éstas pesen fuertemente sobre nosotros, cuando por lo general menos lo esperamos. Y lo que es verdad para la conducta de un individuo en pequeña escala, es también cierto en gran escala para la conducta de una comunidad, una generación, una edad.

El futuro de las generaciones depende quizá de nuestra comprensión presente. La generación futura siempre recoge lo que el presente siembra, así como el presente ha recogido las mieses del pasado. En un sentido muy significativo esto es verdad, cuando lo viejo ya ha vivido, y cuando surgen energías nuevas y oscuros poderes comienzan a agitarse. En tales momentos sucede que aún la humilde participación que toma el individuo en la iniciativa del conjunto, puede estar sometida para siglos enteros al peso de una responsabilidad inesperada.

Aquí, la seriedad de la pregunta: ¿Qué debemos hacer? viene a evidenciarse.

Uno olvida el significado actual de esta pregunta fundamental demasiado fácilmente, en medio de los bulliciosos problemas del día—como si no fuera que estos últimos, tienen su raíz en el primer problema, y sólo pueden ser resueltos en relación a él.

Esto no quiere decir que la Etica filosófica deba siempre intervenir directamente. Su tarea no es el programa positivo, ni la referencia unilateral de un sólo dogma. Lo contrario es verdadero: el principio de su apartamiento de lo dado, de lo presente, de lo disputado, liberta a la Etica y la posibilita para enseñarnos.

2.—El poder creador en el hombre (en el original dice: el demiurgo en el hombre).

La Etica no enseña directamente, lo que debería pasar aquí y ahora en un caso dado, sino cuál es la constitución de aquéllo que debiera pasar universalmente. Este deber puede variar y ser multi-forme. Pero no todo lo que debiera pasar puede hacerse en todas las situaciones. El momento actual con sus exigencias, tiene aquí campo dentro de aquello que enseña la reflexión ética.

La Etica nos proporciona un fundamento universal cual “vista de pájaro” desde la que lo presente puede verse objetivamente. Desde esta visión, las tareas de los individuos y de las edades se nos

presentan igualmente específicas. Guarda la misma distancia de ambas. Para ambas ella significa una elevación sobre el caso especial, un resguardo contra las influencias extrañas, la sugestión, la falsificación y el fanatismo. Aquí la Etica procede exactamente como la Filosofía: no enseña juicios hechos sino enseña a juzgar.

Es en este sentido que la Etica toma la pregunta: ¿Qué debemos hacer?

No determina, describe o define el qué especial del deber, sino da más bien los criterios mediante los cuales, el *Qué* deja reconocerse. Esta es la razón profunda, por la cual se mantiene encima de todo choque de tendencias particulares, de intereses y de partidos. Sus perspectivas se relacionan con la vida cotidiana pública y privada, como se relacionan las de la Astronomía respecto a la visión terrestre de las cosas. Pero a pesar de esto, aún los puntos de vista de estas tendencias particulares, tienen su justificación sólo en la Etica. La distancia no es una separación ni un apartamiento del caso particular, sino sólo una perspectiva, una ojeada general (*conspectus*), una visión comprensiva, y según su verdadera idea una tendencia hacia la unidad, hacia la totalidad y compleción.

Aquí el carácter de Filosofía práctica pierde toda su agresividad.

No se mezcla personalmente con los conflictos de la vida, no da preceptos morales *ad hoc*; no es código como es la ley, de imperativos y prohibiciones.

Dirige su atención hacia lo creador en el hombre, lo provoca en cada nuevo caso a observar, a adivinar, como sería lo que debiera pasar aquí y ahora.

La Etica filosófica no es casuística, ni nunca debe serlo; pues mataría en el hombre, precisamente lo que debe despertar y educar; lo espontáneo y creador, la vinculación interna y viviente con lo que debe ser y con lo valioso en sí. Esto no es una renuncia de la alta tarea de ser práctica.

Sólo de esta manera puede ser práctica: extrayendo, levantando y madurando lo práctico en el hombre—es decir lo activo en él— la habilidad propia de generar espiritualmente.

Su objeto no es la privación y el encarcelamiento del hombre dentro de una fórmula, sino su elevación hacia la plena dirección personal y hacia la responsabilidad.

El libertar al hombre del tutelaje, es la verdadera manera de “hacer” al hombre. Pero sólo puede libertarlo la reflexión ética.

En este sentido la Etica es la Filosofía práctica. No es una formación de la vida humana sin considerar la personalidad del hombre, sino precisamente su propio progreso hacia la libre formación de su vida. Es el conocimiento del bien y el mal, lo que lo nivela con la divinidad; es su habilidad y su autoridad para ayudar la de-

terminación del curso de los acontecimientos, para cooperar en el taller de la realidad. Es su entrenamiento en su vocación mundial, la exigencia que pesa sobre él de ser un colega del demiurgo en la creación del mundo. Porque la creación del mundo no es completada, hasta que no haya ejercido su acción creadora en él. Pero en esta creación, el hombre se demora, porque no está listo, porque no ha llegado todavía a la cima de la humanidad.

La humanidad debe primero realizarse en él. El trabajo creador que le incumbe en el mundo, culmina con la creación de sí mismo; con la realización de su *etos*. El *etos* del hombre tiene dos aspectos: caótico y creador. En el primero están cimentadas sus posibilidades, pero también sus peligros. En el segundo está su vocación: realizarla es ser humano. La Etica se dirige al poder creador en el Hombre.

La inteligencia humana está buscando aquí y encontrando el camino hacia el significado de la vida.

En esto justamente consiste su esencia práctica. El hombre así moldea la vida. La Etica no es Filosofía primaria ni fundamental; su conocimiento no es ni el primero ni el más cierto. Pero en otro sentido sí tiene el primado de toda Filosofía: su obligación más original y más profunda, su competencia más llena de responsabilidad. Su énfasis no es algo deseado, antes bien es algo condicionado por su esencia íntima. Su dominio es un santuario natural de la sabiduría, por siempre esotérico—si se juzga por las reglas del entendimiento y de sus conceptos fijos—un santuario en el cual, aún el más sabio refrena sus pasos con reverencia y horror.

La Etica es sin embargo aquello que está más cerca, y es más palpable; se da a todos y es común a todos. Es el interés filosófico más primitivo y positivo del hombre; históricamente es este el interés que primero dividió a la Filosofía de la Mitología; es la fuente y el motivo más profundo del pensamiento filosófico y tal vez aún del pensamiento humano en general. Es además la meta final y la visión más amplia de este mismo pensamiento. Y la razón por la cual siempre se preocupa por el futuro y dirige su mirada sobre lo remoto y lo irreal, y que aún vé el presente bajo la forma de lo futuro es porque vive en lo supertemporal.

3.—El significado de práctico en Filosofía.

¿Qué debemos hacer? es más difícil de contestar que: ¿qué podemos conocer?.

En cuanto al saber, éste se halla confrontado por su objeto, que es fijo, inmutable, existente en sí mismo. El pensamiento del objeto puede referirse a su experiencia. Lo que no concuerda con los datos de la experiencia es falso. Pero lo que debemos hacer, no está hecho

todavía, es irreal, sin previa existencia en sí mismo. Sólo puede alcanzar la existencia a través del hacer. Y sin embargo la pregunta concierne el qué de este hacer, a fin de dirigirlo.

Aquí está faltando el hecho fijo, la presencia inmediata. El pensamiento ha de anticiparlo, pues no tiene la corrección de la experiencia. Descansa sólo en sí mismo. Todo lo que puede ser aquí conocido debe necesariamente ser discernido *a priori*.

La autonomía puede ser en verdad, objeto de orgullo para la conciencia moral; pero justamente en él yace la dificultad del problema.

¿Qué autenticidad tiene el saber ético, si le falta todo criterio? ¿Es la nobleza del *etos* humano un testimonio tan evidente, que no puede ni siquiera ser discutido cuando dice dictatorialmente: tú debes? ¿Nó está acaso condenado a flotar para siempre en lo hipotético? ¿Es qué en realidad, no rige aquí la multiplicidad, la relatividad, la subjetividad y la variación en cada caso? Lo que debo hacer hoy bajo determinadas circunstancias, ¿nó debería dejarlo de hacer mañana bajo circunstancias diferentes, y no hacerlo tal vez más en mi vida?

Ahora está claro que en este punto, la falsa perspectiva de la casuística ha sido introducida de nuevo—un acercamiento hacia lo particular y lo dado—. Sin embargo, el problema no debe ser resuelto considerando la distancia de lo presente. ¿Quién desearía decir donde está el límite de la pregunta legítima del sobre el “Qué” del deber? Pues el interés práctico siempre se relaciona con lo presente, y esto siempre amenaza acortar las perspectivas más amplias en cuanto al futuro.

De manera que a pesar de su renovada universalidad y dignidad, el objeto de la Etica está expuesto a la más seria duda.

En este sentido la Etica es, una vez más, la sección más disputada de la Filosofía. ¿Hay una unidad moral? ¿Acaso no varía el *etos* de edad en edad y de pueblo en pueblo? ¿Y debería uno creer entonces, que la naturaleza del bien mismo cambia según la actualidad del momento? ¿Nó querría decir esto, una nueva negación de la autonomía del *etos*?, ¿una sospecha sobre el significado esencial del deber y del bien? Así, desde el primer paso, la Etica nos confronta con su dificultad fundamental: ¿cómo puede llegarse a los principios éticos, y cómo puede uno cerciorarse de ellos? Ninguna experiencia puede enseñarlos. Contrastando con lo que puede ser experimentado, deben ser discernidos intuitivamente. Pero cuando en contraste con lo presente, los discernimos intuitivamente y los ponemos como exigencias, entonces también los encontramos variables, desplazables, cambiables, discutibles, e incluso dentro los otros campos de la vida ética, transformados, desplazados, cambiados, discutidos.

¿A qué puede, pues, la Etica aferrarse en cuanto ciencia?

A esta situación corresponde en Etica el peculiar significado de “práctico”.

Otros dominios del conocimiento práctico, saben, siempre, a base de otros principios, cual es su fin. En toda técnica, Higiene, Jurisprudencia, Pedagogía, los fines están fijados, presupuestos; existe sólo la pregunta en cuanto a los medios. La Etica es práctica en un sentido diferente, casi se podría decir en un sentido inverso. Debo fijar los fines, para los cuales todos los medios están presentes, los fines más altos y absolutos, que no pueden a su vez ser tomados como medios para algo posterior. Aunque dentro de ciertos límites, puede ser mantenida legítimamente una Etica de los medios, el énfasis de la Etica reside en los fines.

El significado de práctico, es pues al revés de lo que en realidad es en otros campos.

¿Cómo se descubren los fines, puros, absolutos e irreductibles? En cuanto no pueden ser confrontados con algo real ni son verificables ¿qué camino cognoscitivo nos conduce a ellos? Esta es la insuperable dificultad de la pregunta: ¿Qué debemos hacer? Es una dificultad única y peculiar de la Etica y constituye una parte de su misma naturaleza. Y sin embargo es ineludible. Se presenta inevitablemente al hombre. Cada persona debe de alguna manera resolverla para sí misma y si bien no por el pensamiento, al menos por la acción. No puede dar un paso en la vida, sin resolverla efectivamente de una manera u otra. Es la exigencia más alta que se le presenta. Su peso es el correlativo necesario de aquella dignidad de autonomía, de aquel altísimo privilegio que distingue el *etos* del hombre. El hombre la lleva en sí mismo todo el tiempo de su vida. Esta soberbia capacidad no le ha sido otorgada por juego. Lo que está arriesgado es siempre él mismo—incluyendo ese alto poder. Porque aún esto puede perder el hombre por su ligereza o por su acción arriesgada.

4.—La riqueza valuacional de lo real y la participación en ella.

Todo esto no es sin embargo más que la mitad del problema fundamental de la Etica. La otra mitad, es menos positiva, resalta menos a la vista, pero es, a su vez, más general, y más relacionada con la totalidad del hombre y de su vida.

La primera pregunta respecto al hombre, se refería sólo a su acción, y en cuanto al mundo, sólo a aquella parte de él, donde el alcance de su acción se deja sentir. Sin embargo por más urgente que sea para él este alcance de su poder, aquella parte de lo existente que exige algo de él, le impone responsabilidad, se dirige a sus decisiones, resoluciones y voluntad. A pesar de eso, el hombre es una

misma parte del mundo. Pero la actitud interna del hombre, su *etos* en cuanto decidiendo en pro o en contra, en cuanto aceptando o rechazando, reverenciando y despreciando, amando u odiando cubre un área incomparablemente más amplia. Este decidirse en pro o en contra manifiesta su intensidad más alta, sin duda alguna, sólo en cuanto referencias cercanas de su yo; a medida que su radio aumenta, el poder de decidirse palidece: a cierta distancia adquiere sólo el carácter de un tono emocional débilmente concomitante, que por lo general no se nota; pero esta tensión sin embargo no desaparece. Acompaña a la conciencia intelectual y la lleva en la forma de asombro, de interés, y finalmente de momento intencional dirigido a la comprensión de sus fines. Una conciencia puramente teórica de los objetos, es, al fin y al cabo, una abstracción. Realmente el interés práctico está siempre allí como una corriente subterránea, y ocasionalmente irrumpe poderosamente a través de la conciencia y turba la serenidad de su contemplación.

Aquí no es cuestión de eficiencia externa, de decisiones cargadas de consecuencia. Aquí no hay deber, y, sin embargo, en la mera actitud interna hay algo altamente positivo y que implica gran responsabilidad, porque la misma naturaleza del hombre no es indiferente a su amplitud y a la fuerza de esa actitud. Su naturaleza se va ampliando y va creciendo proporcionalmente o disminuye con su actitud. Aquel que pasa tercamente sobre los hombres y sus destinos; a quien lo conmovedor no conmueve, ni lo inspirador inspira; para él, sólo esto en vano existe en la vida, y no participa de ello. El mundo queda sin significado y la vida sin sentido para aquel que no tiene capacidad de percibir las relaciones de la vida y el inagotable significado de las personas y situaciones, de las correlaciones y acontecimientos. El vacío exterior y monótono de su propia vida es el reflejo de su vacío interno y de su ceguera mortal. Pues el mundo real en el cual existe, la corriente de la vida humana que lo lleva y lo dirige, nunca carece de una multiforme riqueza. Su pobreza en medio de la abundancia se debe a su fracaso para apreciar la vida. Por eso para la naturaleza del hombre hay siempre además de la estrecha realidad de la acción y del deber una segunda exigencia: participar de la plenitud de la vida, ser impresionable por lo importante y susceptible a lo que tiene significado y valor.

Esta exigencia es más intensa, silenciosa y serena, y guarda su secreto mejor que la exigencia del deber y de la decisión voluntaria y, sin embargo, a esto está fundamentalmente relacionada, no es más que la misma necesidad siempre nueva y viviente de una decisión interna en pro o en contra. Exige la misma actitud moral sobre la base de la misma autonomía interna, de los mismos principios éticos. La *Ética* filosófica, ha interpretado mal esto con demasiada frecuencia, y se ha dejado cegar por el ímpetu más positivo de la otra

exigencia. Y debido a tal unilateralidad ha repercutido perniciosamente sobre el desarrollo del *etos* humano. Toda Etica de sólo deber y obligación, toda moral puramente imperativa comete este desatino, el de no considerar la plenitud de la vida. Todo el que ha caído bajo este error rigorista tal vez puede preguntarse tontamente en este punto: ¿aquéllo que es valioso no es siempre objeto de exigencia? ¿Nó es siempre el valor moral en su misma esencia un eterno no ser, un deber ser? ¿Hay acaso valores realizados en el mundo?. Quien quiera que haga esta pregunta, no se ha dado cuenta hasta qué grado fracasa en su apreciación de la vida, e incluso, qué ingratitud y qué arrogancia lo sojuzgan en sus garras. Como si lo real debiera ser necesariamente malo o fútil, como si la vida humana fuera en sí misma un juego sin sentido, el mundo un valle de lágrimas y como si toda la existencia hubiera esperado sólo por él, para alcanzar a través de su voluntad y de su acción, luz, significado y valor.

Una Etica exclusivamente del deber es un engaño moral, es una ceguera de la validez de lo presente; no hay que maravillarse que históricamente, el pesimismo siga su huella. En un mundo desprovisto de valores y profanado, nadie tolera la vida.

5.—La segunda pregunta fundamental.

Una vez que nos hemos dado cuenta del hecho que los mismos valores, que son lo único que puede guiar nuestro propósito y nuestra acción, son realizados miles de veces por personas y situaciones; que nos confrontan en relaciones y sucesos, nos rodean en todo tiempo, nos dirigen y llenan nuestras existencias con luz y esplendor—sobrepasando en mucho nuestro poder de comprensión—nos hallamos cara a cara con la segunda pregunta ética: ¿sobre qué debemos dirigir nuestra atención para participar del mundo de los valores? ¿Qué es valioso en la vida y en el mundo en general? ¿Qué cosa debemos hacer nuestra, comprender y apreciar, de manera que podamos ser hombres en el pleno sentido de la palabra? ¿Qué es aquéllo para lo cual carecemos aún de sentido, de órgano, de manera; ¿Para qué debemos antes que nada formar nuestra capacidad, agudizarla y educarla?

Esta pregunta no es menos importante y seria que la concerniente a lo que debe ser hecho. En verdad es infinitamente más amplia en contenido, más rica y más comprensiva. En cierto sentido hasta incluye a aquella pregunta. Porque. ¿Cómo he de reconocer lo que tengo que hacer en tanto que no conozco los valores y desvalores, dentro de las situaciones, cuya presencia únicamente me obliga a decidirme, a querer y a actuar? ¿Nó andaré a tientas en la obscuridad expuesto a todos los errores, y no arruinaré necesariamente

con mano torpe, la cosa de valor, que posiblemente, como todo aquello que es real, es irremplazable.

Así la segunda pregunta supera a la primera en importancia. La precede definitivamente y la condiciona. Y es superior tanto en su más amplia significación metafísica, cuanto en sus consecuencias prácticas y positivas. Porque la significación del ser humano no se agota en su orgullosa vocación de hombre, como constructor y modificador del mundo.

¿Qué ventaja tiene el trabajar si muere con la obra? ¿Dónde está el significado de la creación misma, si la cosa hecha no contiene el significado, ni significa algo para alguien capaz de comprender el sentido? ¿Nó es acaso el significado metafísico del hombre, en el mismo mundo que trabaja y modela, que este mundo pueda tener significación para él? En él sólo, el mundo tiene su conciencia, su existencia, para sí mismo. Ninguna otra de las criaturas puede ser para el mundo lo que es el hombre. Su pequeñez cósmica, su transitoriedad y su impotencia, no impiden su grandeza metafísica, y su superioridad sobre las más bajas formas del ser.

Es el sujeto entre objetos, el reconocedor, el que sabe, el participador; es el espejo del ser y del mundo, y comprendido en este sentido es la significación del mundo. Este punto de vista no es arbitrario, ni imaginación especulativa. Es la simple expresión de un fenómeno, que puede ser interpretado, pero no suprimido: el fenómeno del estado cósmico del hombre.

No sabemos si hay otro espejo del mundo, que el que consiste en nuestra conciencia humana. En esta cuestión la imaginación puede permitirse cualquier libertad, pero esto no cambia nada en cuanto al lugar del hombre en el mundo. Este lugar es seguro para nosotros, sabemos lo que significa: y esto es suficiente para reconocer la significación metafísica de la existencia humana. Aunque el hombre sea un turbio espejo de lo real, sin embargo es un espejo y en él, el ser se refleja. El ser tiene significado para él. Si el mundo tuviera sentido sin él, o si no tuviera significado sin la conciencia, es una cuestión sobre la que nadie puede emitir juicio alguno.

Este significado de la existencia humana no está agotado en la mera comprensión de la imagen del ser. Participar sin interés, la mera disposición teórica es como dijimos una abstracción. El hombre es primitivamente práctico y sólo en segundo lugar es teórico. Su contemplación es desde el principio una preferencia. Su parte en el vaivén de los acontecimientos, es participar con interés, con el sentir que evalúa. La sobriedad imparcial del pensamiento es una derivación posterior. Y aquí todo depende de la energía, alcance y buena orientación del sentido evaluativo. El fenómeno corriente es la estrechez de este sentido, la pusilaninimidad del espíritu, una falta de apreciación de la extensión comprensible de lo real.

Para la mayor parte de las personas, el límite de los más estrechos intereses de la vida, de sus relaciones más actuales, dictadas por la urgencia del momento, es al mismo tiempo el límite de su universo moral. Su vida, es una vida disminuída y restringida, una caricatura deforme y distorcionada de la humanidad. No se necesita grandes perspectivas metafísicas a fin de determinar el bajo nivel de estas mentalidades estrechas. La torpeza del sentimiento valorativo, lleva en su faz, el sello de la miseria interna. Se venga inmediatamente sobre él. A este estado corresponde su pobreza moral y su vacuidad de vida. Para élla el peso de la existencia se vuelve una carga que no es compensada por la vida. La saciedad no viene de la excesiva plenitud de la vida sino de su pobreza. Y en que áspera contradicción se halla dicho empobrecimiento ante la riqueza de la vida real, la vida que está siempre a la mano y nos rodea con su plenitud. La tragedia del hombre, es la de aquel que sentado ante una bien servida mesa, está hambriento, pero no puede estirar la mano hacia los manjares, porque no ve lo que está ante él. Porque el mundo real es inagotable en abundancia, la vida real está saturada y colmada de valores, y donde nosotros la cogemos, la encontramos llena de maravillas y de grandiosidad.

Estas anotaciones naturalmente no admiten “comprobación”, de la misma manera que no podemos probarle a nadie que también existe lo que no puede ver. Y si uno puede operar a otro su catarata moral—si la Ética puede hacer esto en cuanto ciencia—debe quedar ciertamente dudoso por ahora. Por lo general, sin embargo, es posible enseñarle a otro a ver, despertar su actividad emocional, educar y entrenar su órgano valuacional. Hay una guía moral, una conducción dentro de la riqueza abundante de la vida, un abrir de ojos ajenos mediante nuestra propia visión, un abrir a la participación a través de nuestra propia participación. Hay un entrenamiento para la humanidad de los demás, lo mismo que uno propio para ella.

6.—Los constituyentes valuacionales de las personas y de las situaciones.

La exigencia que estamos considerando, debe empezar con esta sencilla pregunta: ¿qué cosa entonces es lo que dejamos desconsiderado en la vida? ¿Qué es aquello que se nos escapa?

Aquí en efecto yace toda la dificultad. No basta descubrirla para resolverla. Para cada valor constituyente debe ser despertado el sentido valorativo correspondiente. Los elementos constituyentes de un valor están en todas partes. Los vemos cerca de nosotros en todo tiempo y sin embargo no los vemos. Cada persona, cada peculiaridad humana está llena de valor; es significativa y única hasta en

sus últimos y más imponderables matices. Cada uno es un mundo en miniatura, más no sólo como una entidad de estructura específica de existencia, sino también como una estructura de valor específico. Exactamente lo mismo es cada yuxtaposición presente de personas, cada situación que se produce por alguna conexión más o menos amplia de la vida; siempre es un complejo de obligaciones interracionales, tensiones y relajamientos, una infinidad de propósitos, pasiones, tranquilas disposiciones emocionales, o aún actos ruidosos y bruscos de partidarismo—en los que cada uno está variablemente ligado a un grupo de otras cosas distintas y condicionadas recíprocamente, intensificadas y complicadas por sus reacciones, entretejidas por simpatías y antipatías, desertadas y llevadas a un plano superior del *etos*; finalmente, experimentadas por una conciencia más clara o más oscura de la acción de sus participantes, vivida como una impresión total, y subjetivamente distorcionada, opuesta al concepto imaginativo de los mismos.

La situación moral nunca está formada sólo por personas, sino que siempre está por encima y más allá de ellas, aunque no existe independientemente de ellas. A sí mismo es un cosmos particular, con su propia manera de ser y legitimidad, y determina a la persona, tanto o más cuanto ésta la determina.

Y el valor único corresponde a la única entidad. Las situaciones también son algo individual y existen sólo una vez y no retornan nunca más. Si alguien ha estado en una situación y no la ha cogido, no la volverá nunca más a encontrar, la ha desperdiciado y la ha dejado pasar irrevocablemente.

Nuestra vida humana, mirada de cerca, consiste nada más que en una cadena ininterrumpida de situaciones pasajeras—desde las más fluídas y accidentales relaciones del momento, hasta las más íntimas, durables y resistentes cadenas que unen unos hombres con otros. La vida en común y también la individual están arraigadas en ella y se llevan a cabo en dichas situaciones. Son el fondo sobre el que surge todo conflicto, exigiendo su resolución. Son los contenidos de la esperanza y la desilusión, del entusiasmo y del sufrimiento, del coraje y de la debilidad. Cuando un poeta modela una situación humana, y la pone ante nuestros ojos, fácilmente vemos, lo que contiene en sustancia ética; de alguna manera sentimos repentinamente los valores de la situación, expuesta por él aunque con obscuridad y sin conciencia de la complejidad especial de su estructura valuacional. Entonces sentimos lo grande como grande y lo sublime como sublime. En la vida real sólo una cosa se diferencia de la vida en el arte dramático: falta la mano conductora del artista magistral quien imperceptiblemente trae lo significativo de la situación hacia la luz de manera que pueda ser intuído por el hombre corriente. Con todo, la misma vida es siempre un drama.

Y si sólo siempre pudiéramos ver la situación en que estamos tan plásticamente como la ve el poeta, nos parecería tan rica y tan llena de valores como en su creación artística. La prueba de esto es el hecho de que mirando a nuestra vida pasada, sus más altos acentos de valor realzan aquellos momentos que se presentan a nuestros ojos con entera realidad y plenitud de detalles—independientemente de si o no en aquel tiempo nuestro sentido de valor realizó su contenido ético—a menudo contrastando con nuestra ruda percepción anterior y tal vez con un dolor secreto ante lo que se ha desvanecido para siempre, que fué nuestro y sin embargo no lo hemos poseído.

7.—Pasando al otro lado.

El pasar es un capítulo especial de la vida humana. Si dejáramos a un lado, todo lo inapercibido de nuestro alrededor sin mirarlo, incluso sin apreciarlo, quedaría al fin poco de la sustancia de la vida que realmente fué nuestra, espiritualmente.

Los caminos de la vida se cortan recíprocamente en muchos puntos. Uno encuentra a innumerables hombres. Pero hay pocos que son “vistos” en el sentido ético, pocos a los cuales damos la mirada simpática, podría casi decirse, la mirada de amor, porque la mirada que aprecia el valor es mirada de amor y viceversa. ¡Por cuán pocos somos vistos! ¡Los mundos se encuentran, las superficies rozan las superficies, pero en su profundidad se quedan sin ser tocadas y solitarias; y parten de nuevo. O durante toda la vida corren paralelas, y más aún, unidas externamente, tal vez encadenadas y sin embargo ambas quedan impenetrables.

Ciertamente todos los hombres, no pueden ni deben entregarse a cualquier persona. Precisamente la participación más profunda, queda individual y exclusiva. Pero, ¿no es verdad que en esta marcha acelerada, todo el mundo, al mismo tiempo, vaga silenciosamente con un anhelo en su corazón de ser “visto” por alguien, de ser simpáticamente comprendido, correspondido, adivinado, de que alguien confíe en él a primera vista? ¿Y no es cierto que cada uno se encuentra en todo momento incomprendido, pospuesto e inconsiderado? ¿No es acaso la desilusión común y más fuerte a la vez de todas, esta: ir vacío por el mundo, con el corazón lleno de anhelo, sin ser visto, sin ser sentido, relegado, sin que alguien aprecie su valor?.

Este es el destino humano. Pero no es el colmo de lo absurdo si consideramos que cada uno en su yo profundo, sabe el anhelo de los demás por una mirada valuacional, y sin embargo sigue su camino sin haber mirado—cada uno solo en el sufrido secreto de su so-

dad? ¿Es sólo la preocupación y el descontento con nuestra propia vida la que nos inhibe, o es, tal vez, la estrechez de nuestra percepción valorativa, la traba de nuestro propio aislamiento, la inhabilidad de estrechar la mano a los demás?.

No hay duda que junto con el egoísmo natural, el miedo de los demás y el falso orgullo, existe sobre todo una incapacidad de "ver" moralmente. No sabemos cuánta riqueza dejamos de ver diariamente, no nos imaginamos siquiera cuánto perdemos, cuánto se nos escapa; por eso pasamos sin valorar. Por eso la abundancia de los más altos valores de la vida se desperdicia en nosotros. Lo que anhelamos se encuentra allí, en incontables corazones. Lo dejamos perecer y nos quedamos vacíos.

El *etos* humano es superabundante, se hunde y muere a causa de la pobreza y vulgaridad de nuestra mirada moral, la mirada del mismo hombre ante el mismo *etos* humano.

¿Y en los grandes asuntos, no aparece el mismo cuadro agrandado y toseco? ¿No hay también una satisfacción moral y una comprensión en gran escala, y una ignorancia, también en gran escala? ¿Nó es el particularismo de los partidos, lo mismo en la vida del Estado? ¿Nó es el chauvinismo lo mismo en la historia del mundo?.

Un pueblo es siempre ciego respecto al carácter distintivo y a la misión mundial de otro pueblo. El espíritu de partido es ciego a la justa pretensión y valor político del partido puesto. Cada comunidad de interesados sólo se relaciona con sus propios fines, vive sólo para ellos, delimita a ellos la vida del conjunto y la del individuo.

«Jorge Puccinelli Converso»

De manera que el individuo no toma en cuenta la verdadera vida del todo, que no es sagrada para él; vive sólo para la vida de su grupo tal como la encuentra, constreñida dentro de las estrechas fórmulas de su tiempo y de su comprensión. Nadie penetra dentro de las grandes correlaciones que constituyen la vida peculiar del todo; nadie experimenta con viviente sentimiento, los latidos de la Historia. Sin embargo cada uno, en medio de la Historia, tiene que desempeñar un rol en ella, y está llamado a ser un veedor y modelador del todo. Vive a un lado de su tiempo, de sus valores y tareas, de su vida característica; que sólo se revela a él en cuanto contemporáneo. ¿Es algo de admirarse que una época que tiene exceso de partidos y de líderes, sufra de una carestía sensible de ciudadanos y hombres de Estado legítimos? Ciertamente hay una conciencia histórica; además, una ciencia histórica, que restablece el todo. Pero esta conciencia no coincide con la vida histórica. La ciencia, mucho después, reconstruye de los restos de una vida pasada, y muestra desde la distancia de la posteridad un débil cuadro general de lo

que dejamos pasar, pero que ya no es nuestra vida. Viene demasiado tarde. Ya no puede reemplazar el sentido participante de valor que tuvieron los contemporáneos. Le falta lo inmediato de la experiencia actual y el alto sentimiento de participación. El interés del epígono, no es el correlativo, igual en importancia, de la vida histórica. Su amor no viene a rescatar lo pasado, y lo pasado ya no lo ama. El mundo moral en pequeño y el mundo moral en gran escala, se parecen asombrosamente. Se reflejan mutuamente de una manera mucho más precisa, de lo que creería un hombre ingenuo.

Aquel que como individuo, no mira con amor aquello que lo rodea, ignorará y aborrecerá los problemas como ciudadano del estado, y como ciudadano del mundo sembrará calumnia y discordia. Pasar junto a un individuo sin notarlo, desconsiderar la comunidad, dejar de ver el momento histórico—en todo esto se manifiesta el mismo aspecto del *etos*, la misma vacuidad, la misma condenación y anonadamiento propios—es la misma ceguera y el mismo despilfarro valuacional.

Sólo una vez se da a una generación lo que no regresa nunca ni a ella, ni a ninguna otra; como sólo una vez se da a un individuo la plenitud de un momento. Y es el mismo pecado contra la significación de la vida, así como contra la significación metafísica de la existencia humana—el mismo absurdo.

8.—El hombre moderno.

Si hay algo, así como el despertar de una conciencia valorativa, es nuestro tiempo el que la necesita. ¿Hasta qué grado existe esta posibilidad? nadie puede saberlo. Apenas puede derivarse de la Filosofía. Pero a pesar de todo, la Filosofía tiene aquí un campo de trabajo. Hay prejuicios que sólo ella puede desarraigar. Y hay obstáculos emocionales a los que pueden oponerse la reflexión y la interiorización del espíritu.

La vida del hombre de hoy no es favorable para la profundización. Le falta la calma y lo contemplativo, la vida es sin descanso y apurada; hay competencia aturdida e irreflexiva. Todo el que se queda quieto por un momento es sobrepasado por el siguiente. Y de la misma manera, las exigencias de la vida externa se sobreponen unas a otras, y así sucede también con las experiencias, impresiones y sensaciones. Siempre dirigimos nuestra atención hacia lo que es más novedoso, la última cosa que nos gobierna de continuo, y la penúltima es olvidada antes que haya sido bien vista y mucho menos bien comprendida. Vivimos de sensación en sensación. Y nuestra penetración se vuelve superficial, nuestro sentido de valor es cada día más obtuso, a causa de nuestro apego por lo sensacional. El hombre mo-

derno no es sólo sin descanso y precipitado, sino también obtuso y gastado; es aquel a quien nada inspira, toca o penetra en su intimidad. Finalmente sólo tiene una irónica y cansada sonrisa para todo. Al fin hace toda una virtud de su degradación moral. Eleva el "nihil admirari", su incapacidad de asombro, de admiración, de entusiasmo y respeto al principio de un hábito constante y deseado. Pasar insensiblemente sobre todo, es un "modus vivendi" confortable. Y así se complace en una pose de superioridad que sólo esconde su vacuidad interna.

Este estado mórbido es típico. No se manifiesta hoy por primera vez en la Historia. Pero siempre que ha aparecido ha sido un síntoma de debilidad y decadencia, de fracaso interno y pesimismo general.

Lo que quiere destruirse, que se destruya. Sin embargo de cada caída resalta nueva vida, joven y saludable. Aún en nuestro tiempo esto es así. ¿Quién se atrevería a predecir si le incumbe a la nueva generación con sus ensayos algo tempestuosos, o, si está sólo reservado a las generaciones futuras, el lanzarse poderosamente hacia un nuevo *etos*?

Pero la semilla está allí, nunca ha muerto; somos los que debemos despertar de la miseria espiritual, quienes debemos tener ante nuestra vista la idea, y en nuestro corazón, la fé.

El hombre ético, es, en todo, lo contrario del hombre precipitado y del hombre apático.

Es el veedor de los valores, es el "sapiens" en el sentido original de la palabra, es el "gustador". Es aquel que tiene una facultad para la plenitud de los valores de la vida, aquel "órgano moral" del cual profetizó Franz Hemsterhuis que: se abren brillantes riquezas para ella.

La Etica filosófica de nuestros días se erige bajo el estandarte de esta misión. Se encuentra en la bifurcación entre la vieja Filosofía y la nueva.

Está dando los primeros pasos en la investigación consciente de los valores. Nosotros, hombres de hoy día, no sabemos, cuán lejos nos llevará.

Pero su propósito lo vemos claro: llevar al hombre hacia la posesión consciente de su "órgano moral", abrirle de nuevo el mundo que se había cerrado ante él.

Después de lo que se ha dicho, ya no queda dudas sobre lo que quiere ser, y sobre lo que deberá versar la nueva Etica. Sólo el futuro mostrará si es aquello y si, podrá serlo. Pero en su actitud integral es indudablemente una cosa: es en sí misma un nuevo *etos*. Significa un nuevo amor para nuestra misión, un nuevo respeto por lo

que es grande. Porque el mundo que ella se propone abrirnos, es de nuevo grande y lleno de valores, inagotado e inagotable, tanto en su totalidad, cuanto en su más mínima partícula.

La nueva Etica tiene una vez más el coraje de enfrentarse de nuevo a la dificultad metafísica total de los problemas nacidos de la conciencia de lo eternamente maravilloso e indomado.

De nuevo la pasión primaria de la Filosofía ha vuelto a ser su actitud: EL PATOS SOCRATICO DEL ASOMBRO.

Traducido por

FRANCISCO MIRÓ QUESADA C.



Biblioteca ~~de~~ Letras
«Jorge Puccinelli Converso»